

Escenografía de la muerte: los funerales de Pedro de Portugal en la ciudad de Barcelona (1466)

Staging death: the royal funeral for Peter of Portugal at Barcelona (1466)

Vera Cruz Miranda Menacho

Universidad Rey Juan Carlos

veracruz.miranda@urjc.es

<https://orcid.org/0000-0001-5723-0606>

Texto recebido em / Text submitted on: 26/08/2024

Texto aprovado em / Text approved on: 21/03/2025

Abstract

The royal funeral held at Barcelona in June 1466 for Peter of Portugal boasted all the ceremonial trappings with which the Catalan capital city marked a King's passing. It was staged in accordance with the traditional late medieval pattern: lying in state at the Palau Reial Major, funeral cortege through the streets of Barcelona and solemn obsequies and burial at the Church of Santa Maria del Mar. These ceremonies must be read as political propaganda couched in symbolic language. Against the backdrop of the ongoing civil war, the Principality's institutions, that is, the Diputació del General and the Consell de Cent, strove to publicise Peter's legitimacy as well as their own, highlighting their political agenda at loggerheads with that of King John II of Aragon.

Keywords: Peter of Portugal; Late Medieval Royal Funerals; Barcelona; Catalan Civil War.

Resumo

Los funerales de Pedro de Portugal, celebrados en Barcelona en junio de 1466, siguen perfectamente el código ceremonial que acostumbraba a ofrecer la ciudad ante la muerte del rey y cumplen con la escenografía propia de los funerales bajomedievales compuesta por la capilla ardiente en el palacio real, la procesión por las calles de la ciudad y el solemne oficio y entierro en Santa María del Mar. Al mismo tiempo, deben ser interpretados como un discurso político y propagandístico articulado, mediante un lenguaje simbólico, por las instituciones del Principado, la Diputació del General y el Consell de la ciudad, dentro del contexto de guerra civil, como escenificación de la legitimidad del rey y especialmente de las instituciones y de sus intereses políticos contrarios a Juan II de Aragón.

Palabras clave: Pedro de Portugal; funerales regios bajomedievales; Barcelona; Guerra civil catalana.

Introducción¹

Las ceremonias reales bajomedievales formaban parte de la escenografía de representación del poder, convirtiéndose en elementos de comunicación política, definidas por el marco histórico y cultural de su propio tiempo. El ritual político se caracterizaba por la repetición de ciertas normas y comportamientos, la representación de un orden social y urbano en una escena compuesta por símbolos y elementos sensoriales, como una forma de cohesión política y social, pero también de las emociones². Entre estos ceremoniales, los funerales, la exhibición de la muerte del cuerpo físico del rey, se convertían en la última ocasión de transmisión de la imagen real, en el último discurso modulado por el contexto, en el que se vinculaba lo político, lo religioso, lo simbólico y lo ceremonial, en un escenario luctuoso y de ritualización del dolor³.

¹ Abreviaturas utilizadas: ACA = Archivo de la Corona de Aragón; AHCB = Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona; C = Cancillería; MR = Maestro Racional.

² Gonzalo Carrasco García, “Ritual político, antropología e historiografía bajomedieval hispánica”, *Espacio Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, 30 (2017), p. 121-92, en concreto 124-125.

³ Los estudios sobre funerales reales han adquirido gran relevancia durante los últimos años, partiendo de los clásicos como Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Akal, 2012; Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, Barcelona, Taurus, 2011; en el ámbito portugués, Elisa Maria Domingues da Costa Carvalho, “A morte régia em Portugal na Idade Média. Aspectos rituais e atitudes perante a morte”, *Cadernos do Noroeste*, 9 (1996), p. 157-248; Rita Costa Gomes, *A Corte dos Reis de Portugal nos finais da Idade Média*, Lisboa, Difel, 1995; o en el francés, Ralph Giesey, *Le roi ne meurt jamais. Les obsèques royales dans la France de la Renaissance*, París, Flammarion, 1987; y otra más reciente, Murielle Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres. La mort et les funérailles des princes dans le royaume de France au bas Moyen Âge*, Villeneuve d’Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2005. En el ámbito castellano debemos remitir a José Manuel Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza: Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, Nerea, 1993; a Emilio Mitre, “La muerte del rey: la historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites”, *En la España Medieval*, 11 (1988), p. 167-183; y “Muerte y memoria del rey en la Castilla bajomedieval” in M. Núñez y E. Portela (ed.), *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, tomo II, Santiago de Compostela, 1992, p. 17-25; a Margarita Cabrera Sánchez, “Funerales regios en la Castilla”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 22 (2001), p. 537-564; y “El rey ha muerto. Ritos, funerales y entierro de la realeza hispánica medieval” in Esther López Ojeda (coord.), *De la tierra al cielo. Ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere?*, XXIV Semana de Estudios Medievales, Nájera, 2013, p. 239-260; y el más reciente, “‘In hora mortis’, el ritual funerario de la nobleza castellana bajomedieval”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III*, 36 (2023), p. 291-306, <https://doi.org/10.5944/etfiii.36.2023.36409>; y la de Javier Varela, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990. En el ámbito aragonés, Flocel Sabaté, *Lo senyor rei és mort! Actitud i cerimonies dels municipis catalans baixmedievals davant la mort del monarca*, Lérida, Universitat de Lleida,

En el funeral del rey, la ciudad adquiriría especial protagonismo al desarrollarse en determinados espacios urbanos, organizado por los poderes municipales, y situando a los ciudadanos como testigos del solemne acontecimiento. En el siglo XV, en territorio de la Corona de Aragón, la ciudad de Barcelona se había convertido en escenario fúnebre en reiteradas ocasiones, especialmente durante la segunda mitad del siglo, estableciéndose, así, un código ritual que contaba con sus propias normas, símbolos y escenarios, pero que se insertaba, al mismo tiempo, en un código ceremonial de la Europa bajomedieval. En este marco espacial y cronológico, y ya perfectamente estudiados los funerales del primogénito de Aragón, el príncipe de Viana (1461), y del rey Juan II de Aragón (1479), debemos completar estos estudios con el funeral de Pedro de Portugal (1466), uno de los llamados reyes “intrusos” en tiempos de la guerra civil catalana, para poder ofrecer una visión de conjunto de los funerales regios celebrados en Barcelona en la segunda mitad de siglo⁴. A pesar de que los funerales de este personaje están descritos en las obras de Martínez Ferrando y Balaguer y Merino, deben ser observados desde una visión más amplia en la que el simbolismo, la representación y la imagen de poder, en este caso del rey de Aragón, se interpreten como un discurso político-cultural surgido en un contexto determinado, dentro de un marco ceremonial más extenso⁵.

2002; y *Cerimònies fúnebres i poder municipal a la Catalunya Baixmedieval*, Barcelona, Rafael Dalmau ed., Episodis de la Història, 2003. Otros estudios recientes más específicos como los de Stefano Maria Cingolani, “Más allá de la muerte. Rituales funerarios y mausoleos reales en la Corona de Aragón (1196-1410). Posibilidades de una investigación global”, in F. Miranda García y M. T. López de Guereño Sanz (coord.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media: balance y perspectivas historiográficas*, 2020, p. 177-196; y “La Reina María y los funerales de su madre Brianda D’Agout, condesa de Luna, en Zaragoza (1399-1401). Aproximación al estudio de los rituales funerarios de los monarcas de la Corona de Aragón”, *Aragón en la Edad Media*, 24 (2013), p. 71-90. Y otros estudios más generales como los recientes, Fermín Miranda García y T. López de Guereño Sanz (eds.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media*, Madrid, Casa de Velázquez, 2020; o Chatenet, M. Gaude-Ferragu y G. Sabatier (ed.), *Princely Funerals in Europe, 1400-1700. Commemoration, Diplomacy, and Political Propaganda*, Turnhout, Brepols, 2021.

⁴ Los funerales del príncipe de Viana en Barcelona están estudiados por Vera Cruz Miranda Menacho en “Una imagen de luto y poder: los funerales del primogénito de Aragón y príncipe de Viana en Barcelona (1461)”, *En la España medieval*, 45 (2022), p. 197-218 y los de Juan II de Aragón en Miguel Ángel Zalama y Jesús F. Pascual Molina, *Testamento y codicilos de Juan II de Aragón, y última voluntad de Fernando I: política y artes*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017.

⁵ Los funerales de Pedro de Portugal están descritos en Andrés Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal, considerado como escritor, erudito y anticuario (1429-66). Estudio histórico-bibliográfico*, Gerona, imprenta de Vicente Dorca, 1881, p. 57-69 y en J. E. Martínez Ferrando, *Pere de Portugal, rei dels catalans vist a través dels registres de la seva cancelleria*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 1936, p. 115-125. Las fuentes utilizadas

1. *Lo rey de no más*

Pedro de Avis y de Aragón (1429-1466), hijo del primer duque de Coimbra y de Isabel, hija del último conde de Urgel, fue el resultado de la interesante política de enlaces matrimoniales que se desarrollaron entre las noblezas de los diferentes reinos peninsulares. Pedro de Portugal fue conocido por su título de condestable de Portugal, a pesar de que lo ostentó pocos años, protagonizando brevemente la historia del Principado de Cataluña, durante los años en los que se ciñó la corona que le había ofrecido la Diputación del General en el contexto de la guerra civil catalana (1462-1472)⁶. Nos encontramos ante un rey legitimado solamente por una parte del Principado, aquella fiel a la Diputación del General, lo que otorgaba cierta singularidad a su figura y al contexto político en el que pasó sus últimos años. Al declararse la guerra, la Diputación del General nombró a Juan II de Aragón, legítimo rey, enemigo de la cosa pública, prohibiéndole su presencia dentro de Cataluña, lo que les llevó a buscar otros candidatos para ocupar el trono en el Principado.

Tras la renuncia de Enrique IV de Castilla al trono del Principado después de ocuparlo un breve tiempo (1462-1463), Pedro de Portugal fue jurado como rey en Barcelona en enero de 1464. No podemos olvidar que su abuelo, Jaime II de Urgel, había sido uno de los candidatos al trono de Aragón en las negociaciones previas al Compromiso de Caspe. Por tanto, esta elección podía resultar esperanzadora para el futuro político de la Diputación del General en plena guerra civil, pero en seguida se vio que las consecuencias no eran las deseadas, puesto que el rey portugués no mostró su disposición a someterse a las órdenes de los diputados, lo que llevó a un mal entendimiento entre las instituciones y el rey. En el diario escrito por el notario Jaume Safont, por

son, principalmente, el diario del notario de la Diputación del General, Jaume Safont, *Dietari o Llibre de Jornades* (Biblioteca de Catalunya. Manuscrit, Ms. 978) y el *Llibre de Solemnitats de Barcelona* (AHCB, CCAM 086/01/1G). Esta información la complementaremos con otras fuentes archivísticas procedentes del ACA y del AHCB.

⁶ Los estudios biográficos de Pedro de Portugal parten de José Coroleu e Inglada, “El Condestable de Portugal, rey intruso de Cataluña”, *Revista de Gerona*, tomo II, año III, número IX (1878); Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit.; Martínez Ferrando, *Pere de Portugal, rei dels catalans...*, cit.; y del mismo autor, *Tragedia del insigne condestable Pedro de Portugal*, Madrid, CSIC, 1942; *Pere de Portugal, rei dels catalans, esquema biogràfic*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1960; *Catálogo de la documentación de la cancillería regia de Pedro de Portugal*, Madrid, Servicio de Publicaciones, Dirección General de Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación Nacional, 1954; y otros autores como Luis Adão da Fonseca, *O Condestável D. Pedro de Portugal*, Porto, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1982.

encargo de la Diputación, se hace referencia al rey como “Pere Quart, lo qual fonch vil home”. Se le acusaba de mostrar un carácter fuerte, áspero y duro con sus servidores, contestándoles con un “no más” (por esta razón se le conocía como “lo rey de no más”), negándoles toda clase de privilegios y de libertades, apresando y atormentando a muchos de ellos y ofreciendo los castillos y fortalezas catalanas a caballeros portugueses. Se decía que sus leyes eran “sic volo, sich jubeo”⁷. En ese complejo contexto político, la muerte de Pedro de Portugal debió suponer cierto alivio para las políticas de la Diputación, pero volvía a dejar al Principado sin cabeza.

El rey Pedro de Portugal, *Pere Quart*, moría el 29 de junio, hacia las cinco horas, pasado mediodía, en la villa de Granollers, en la casa de los herederos de mosén Joan de Montbui de Tagamanent⁸. Se había trasladado de Manresa a Granollers a finales del mes de mayo tras sufrir cierta indisposición. A pesar de que surgieron algunos rumores sobre un posible envenenamiento, parece, según la documentación, que llevaba enfermo desde hacía unos meses⁹. En el mes de marzo, en Manresa, había sufrido un episodio de fiebre, lo que obligó al canciller, Cosme de Montserrat, obispo de Vic, a reunirse con varios médicos para valorar la situación¹⁰. La noticia de esta dolencia fue comunicada a las

⁷ Jaume Safont, *Dietari*, f. 108r.

⁸ Como consta en el registro de Deliberaciones del Consejo de Ciento: “Pus a Nostre Senyor Déu es stat plasent apellar al seu Sanct Regne lo senyor Rey en Pere de gloriosa memòria, qui finí sos darrers diez lo die de dir, que era diumenge, jorn de Sanct Pere, entre sis e set hores aprés mig jorn, en la vila de Granollers, a XXVIII de juny del any mil CCCCLXVI” (AHCB, 02.01/1.B.II-17, Registre de Deliberacions, f. 99v). Y en su testamento: “Fonch fet açò e fermat en la vila de Granollers de Vallés, en la casa dels hereus de mossén Johan de Montboy de Tagamanent, on es occit habitación del dit senyor en aquella ora e en la cambra o en lo llit on sa majestat en aquella ora de malaltia greu era detengut e jahic lo XXVIII día de juny del any de la Nativitat de Nostre Senyor mil CCCCLXVI”. El testamento de Pedro de Portugal se encuentra, en versión latina y catalana, en ACA, C, Varia 24, f. 126v.

⁹ En una instrucción enviada por el rey Juan II de Aragón al rey de Francia, por medio de su embajador, el 29 de julio de 1466, se afirmaba que Pedro de Portugal estaba muy enfermo a causa de las medicinas que le habían enviado los de Barcelona, “En aquest temps que’s tractava de la forma de la reducció de la dita ciutat de Tortosa, don Pedro de Portugal, lo qual dies stave molt mal en Granulles, a quatre legues de Barchinona, de metzines que los de Barchinona li han fet donar”, y al final se añadía, “es mort per los mateixos rebelles qui sols per satisfer a sos grands conceptes e passions lo feien venir en aquestes parts” (ACA, Cancillería, registro 3412, f. 67v), documento citado en Martínez Ferrando, *Pere de Portugal, rei dels catalans...*, cit., p. 119 y *Tragedia del insigne...*, cit., p. 166.

¹⁰ Desde su llegada, en febrero de 1464, solicitó la atención de dos de los mejores cirujanos, encontrándose indispuerto más de dos semanas. En relación con la salud de Pedro de Portugal remito a Martínez Ferrando, *Pere de Portugal, rei dels catalans...*, cit., p. 58-59; *Tragedia del insigne...*, cit., 157-158 y 167; *Catálogo*, doc. 3082.

autoridades de Barcelona, quienes le enviaron un médico, el maestro Artigó. No obstante, este episodio fue breve, puesto que el rey comunicó a los consejeros que su salud había mejorado sin necesidad de la intervención del médico que le habían enviado; añadiendo, además, que desde hacía dos días había podido montar a caballo¹¹. A pesar de estas buenas noticias, al poco tiempo, su salud empeoró, lo que se puede observar por la compra abundante y continuada de medicamentos al especiero de Barcelona, Pere Rallo, quien, además, envió a uno de sus oficiales, durante un par de días junto al rey, para que le preparara ciertos ungüentos y medicinas¹².

Como la enfermedad no remitía, el rey se trasladó a Granollers, allí se instaló en casa de los Montbui, donde pasó sus últimas semanas¹³. Su estado era de tal debilidad y flaqueza que solamente podía alimentarse de la leche de dos nodrizas¹⁴. El rey estaba enfermo de tuberculosis, como así determinó el diario de la Diputación como causa de la muerte¹⁵. A pesar de todos los cuidados médicos, la situación se agravó el jueves 26 de junio, lo que se comunicó a las instituciones del Principado, ante lo que el Consejo de Ciento respondió con la decisión de enviar un médico, Bernat Granollach, con medicinas, acompañado de otra persona para que visitara al rey, como era costumbre en estos trances¹⁶.

¹¹ Joan Ferran Cabestany Fort, *Repertorio de cartas reales conservadas en el Instituto Municipal de Historia (1458-1479)*, Barcelona, Instituto Municipal de Historia, 1967, II, doc. 1461 (1466, mayo, 18) y doc. 1463 (1466, mayo, 20).

¹² Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., p. 157-158. ACA, MR, 434, f. 74r y 75r.

¹³ La compra de medicinas era una constante: “Per moltes medecinas en pots de vidre e capças de fusta que liurà en Pere Rallo, specier del rei, trametre a Granollers” (ACA, MR, 434, f. 63r-v); “Per dos capons de ordinació dels metges” (ACA, MR, 434, f. 83v); “Per compra de molls de vedell e de una gallina de que en Pere Rallo, specier, de ordinació dels metges feu” (ACA, MR, 434, f. 87r).

¹⁴ En el mismo memorial de la nota 9: “de que vench a tanta debilitat e flaqueza que no podia altra cosa pasar sino llet de duas dones que li donaven a mamar”, (ACA, C, registro 3412, f. 67v), documento citado en Ernesto Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., p. 166.

¹⁵ El *dietari* afirmaba que murió de *etígues* (*Dietaris de la Generalitat*, vol. I, 1466); aunque Jaume Safont en el *Dietari*, f. 108r, mantenía que la causa era por comer cidras crudas: “E morí en la vila de Granollers per manjar poncems cruus”, añadiendo que nunca quiso estar a régimen de los médicos, afirmación que no era cierta. El dato de las cidras parece cierto, a pesar de que no debió de ser la causa, pudo acelerar el proceso. Consta la compra en mayo de dos cidras frescas (ACA, MR, 434, f. 69r), dos botes de cidras (ACA, MR, 434, f. 74v); y una cesta con cinco cidras (ACA, MR, 434, f. 83r).

¹⁶ El médico Bernat Granollach fue llevado a la villa de Granollers por varios hombres de esta villa: Macià Aguilar, Joan Canoves, Guillem d’Orcha, Bernat Xatmar, Joan Roure, Jaume y Bernat Corró, Felix Boscà, quienes cobraron 4 libras y 8 sueldos (AHCB, 01/1G.034, f. 81v). El médico cobró por cada día que estuviera en Granollers, 5 florines (AHCB, 02.01/1.B.II-17, Registre Deliberacions, f. 96v).

Esa noche la situación se volvió irreversible, de manera que el viernes por la mañana los consejeros enviaron con urgencia a mosén Mateu Dez Soler, ciudadano de Barcelona, quien encontró al rey en mala disposición¹⁷. Por su parte, los diputados del General también enviaron a un diputado mosén Francesc Colom, quien acudió junto al notario, Nicolau Sala, y al portero, Joan Maldà, partiendo el sábado 28 de Barcelona¹⁸.

Estamos ante las postreras horas del rey, Pedro de Portugal, que, aunque las fuentes no ofrezcan información acerca de las cuestiones espirituales del último trance, están fuertemente ritualizadas, y debieron ser las propias de un rey cristiano, tomando los sacramentos y manteniendo esa serenidad ante la muerte como recomendaban los tratados de *Ars moriendi* que circulaban en el siglo XV¹⁹.

El rey murió el domingo 29 de junio, en la habitación del señor de Montbui, un espacio que, *in hora mortis*, se envolvía de la ritualidad del momento, adquiriendo un significado diferente del cotidiano. Allí estaba acompañado de sus fieles, mosén Pedro Vaez, llavero de la orden de Avís; el médico, maestro Gaspar de Jorba; mosén Pedro de Teyde, de la orden de Avís; el paje Juan de Teyde; el librero Joan Vicent; los camareros Juan Farina, Pedro Bayona y Ferran Rábaço, así como de los enviados por el consejo de Barcelona y la Diputación del General²⁰. Siguiendo los ritos funerarios, se realizaba en el mismo lecho de muerte la certificación de la defunción del rey por parte de los médicos²¹.

¹⁷ Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 58, en donde se encuentra la transcripción del *Llibre de solemnitats de Barcelona* (AHCB, 02.01/1.B.II-17, Registre de Deliberacions, f. 97r y 99r), del texto relativo a la “Sollempnitat feta per la mort del Senyor rey en Pere quart”, concretamente en las p. 57-69.

¹⁸ *Dietaris de la Generalitat*, vol. I, 1466.

¹⁹ Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres...*, cit., p. 98-99. Ariès, *El hombre...*, cit., p. 122-125.

²⁰ ACA, Cancillería, Varia 24, f. 126v. Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., 166.

²¹ En este ritual, el camarlengo comunicaba a los presentes: “Aquest era lo rey, ara és mort, a tots és manifest”, pronunciadas estas palabras lanzaba las llaves del palacio por tierra, siguiendo en este punto la narración de Gabriel Turell, ciudadano de Barcelona, autor de la obra *Arbre d’honor*, donde describe los funerales de Juan II de Aragón. Gabriel Turell, *Arbre d’honor*, Barcelona, Barcino, 1992, p. 153. No se encuentra el documento que certifique la defunción del rey, pero se puede seguir el rito de la muerte de la reina María de Castilla, viuda de Alfonso de Aragón, en el palacio real de Valencia, en 1458. Al morir la reina, dos oficiales reales, mosén Bernat Çalba, mayordomo, y Galcerán Oliver, tesorero de la reina, preguntaron a los testigos y médicos presentes si la persona que estaba en el lecho de muerte era la reina María: “aquesta dona Reyna, senyalants aquella que jaue en aquest llit, ens mostrau es la Reyna Donna Maria, muller e relicta del molt alt Senyor Rey don Alfonso?” y repitieron: “conexeu que la dita Senyora Reyna Donna Maria que aci jau sia morta?”. Todos se acercaron a la reina y, con llantos, respondieron: “veritat es que la dita Senyor Reyna, muller e relicta del dit molt alt Senyor don Alfonso Rey

La muerte del príncipe oscilaba entre el aspecto político y el religioso, que se plasma en la redacción del testamento, que junto con la recepción de los sacramentos se hacía públicamente ante los presentes²².

La misma noche de la muerte del rey sucedió un episodio misterioso en Barcelona, relatado por Jaume Safont, quien afirmaba que hubo mucha gente que testificó que, estando alrededor de la iglesia de san Miguel, cerrada, sin nadie dentro, se oyó sonar la campana tres veces, con el mismo sonido que cuando se eleva el Cuerpo de Cristo, interpretándolo como una señal de aviso de un suceso importante²³. En esos tiempos bajomedievales, la frontera entre lo natural y lo sobrenatural era, en ciertas ocasiones, confusa.

En el momento en que fallece el rey se interrumpe lo cotidiano para dar lugar a un tiempo de ceremonia y de rito, que había comenzado ya en el lecho de muerte. El sonido de las campanas marcaba el inicio de esta ruptura, comunicando el triste acontecimiento a todo el reino²⁴. Los elementos visuales y sonoros iban a inundar el ambiente. La escenografía transformaba los espacios para ofrecer ese último diálogo entre el rey y, en este caso, la ciudad de Barcelona a través de tres escenarios: el palacio real, las calles y la iglesia de Santa María del Mar.

2. El escenario palacial: la capilla ardiente

La ciudad de Barcelona acogió los funerales de Pedro de Portugal que debían ser organizados por las autoridades municipales y los albaceas²⁵. En el contexto de guerra civil que se vivía, la ciudad se había posicionado contraria

d'Aragó e de les dues Sicíles era e és morta e pasada de aquesta present vida". Los médicos pusieron una candela cerca de la boca de la reina para observar si todavía respiraba y, después, un vaso lleno de agua encima del pecho durante un rato. Tras esto, los testigos y médicos, llorando, dijeron que era verdad que la reina había muerto. Este documento está transcrito en M. Toldrà Parés, "La reina Maria, dona d'Alfons V el Magnànim: vida i obra de govern", tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2013, p. 857-859, cuyo original se encuentra el Archivo del Reino de Valencia, Real Cancillería, n. 472, f. 2-3v.

²² Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres...*, cit., p. 97-98.

²³ Jaume Safont, *Dietari*, f. 108r.

²⁴ El ceremonial de los funerales de los reyes de Aragón en el monasterio de Poblet ofrece datos que pueden ser aplicados a otros funerales, en relación con el toque de campanas: "de como los marmessors deuen fer toquar les campanes com lo rey es mort en totes les esglesies de la ciutat o villa hon sira mort", *Funerals dels Reis d'Aragó á Poblet*, transcrito y publicado por Manuel Bofarull y Sartorio, Barcelona, "La Il·lustració Catalana", 1886, p. 13. Sabaté, *Cerimònies fúnebres...*, cit., p. 16-17.

²⁵ Los albaceas fueron Cosme de Montserrat, obispo de Vic; Antonio Pujada, Bernat Joan Çapila, Francisco de Junyent, Antonio Vuyes, *consellers* del presente año, Antonio Mira

a Juan II de Aragón desde los inicios, mostrando su lealtad a las instituciones del Principado que tenían su sede de reunión, decisión y poder en dicho lugar²⁶. En esta realidad política, Pedro de Portugal recibió el funeral propio del rey de Aragón, así había sido elegido, y como tal había jurado, por los diputados y consejeros. No obstante, en esta ocasión no fue necesario revisar la documentación del archivo real sobre los funerales regios, puesto que hacía cinco años que se había celebrado el del príncipe de Viana, lo que podía ayudar en muchos aspectos logísticos²⁷.

Al morir el rey en Granollers, su cuerpo debía trasladarse a Barcelona, lo que se realizó el mismo día del fallecimiento, de manera que no hubo velatorio en el lecho de muerte. El diputado del General, mosén Francesc Colom, y Mateu des Soler fueron los encargados de organizar el traslado, buscando a varios hombres para que llevaran la litera con el rey desde Granollers, en la baronía de Montcada, hasta Barcelona, encargándose de recoger, también, sus pertenencias, ropa, joyas, dineros y otros objetos²⁸. El lunes por la mañana, hacia las siete horas, llegó el cuerpo a la iglesia de Santa María del Portal Nou de Barcelona, donde se colocó en una capilla, rodeado de doce cirios. Posteriormente, se embalsamó, como era habitual, acción necesaria para su

Vitafuncto, Rodrigo Vasci, caballero y secretario mayor, y Dídac de Azambuja, albaceas y ejecutores testamentarios (AHCB, 01/1G.034, f. 81r).

²⁶ A pesar de ello cada vez había más disidentes, lo que obligó a publicar un bando, a los pocos días de la muerte de Pedro de Portugal, prohibiendo hablar del rey Juan II bajo diversas penas, AHCB, 02.01/1.B.II-17, Registre Deliberacions, f. 101r.

²⁷ Antes de cada funeral real, los consejeros de Barcelona buscaban en el archivo de la ciudad documentación que les indicara el código ceremonial a seguir. Así sucedió en el de la reina Violante, viuda de Juan I, celebrado en 1431, como se afirma en el *Llibre de Solemnitats de Barcelona* (AHCB, CCAM 086/01/1G, f. 55v); en el del príncipe de Viana, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 208; y en el de Juan II de Aragón, pues su hijo, Fernando el Católico encargó a Pere Miquel Carbonell que investigara las ceremonias anteriores en el archivo real porque no se había escrito ningún tipo de ordenanza anterior, Martínez Ferrando, “Exequias y enterramientos reales en la Corona de Aragón”, *Butlletí Arqueològic. Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, 3-4 (1947), p. 59-60. En Aragón, como en Castilla o en Francia no estaban escritas las ordenanzas con respecto a los funerales del rey, a diferencia de Inglaterra, a través de *De exequiis regalibus*, y de las ceremonias pontificias Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres...*, cit., p. 102.

²⁸ Las personas que llevaron el cuerpo del rey desde Granollers hasta la iglesia del Portal Nou de Barcelona fueron Antoni Prats, Pere y Jaume Cabot, Joan Çarrato, Pere Lor, Pere Clopes, Pere Torra, Garcia Marí, Salvador Tolrà, Bernat Serrabassa, Joan Andreu, Bernat Guals y Francesc Vigos, hombres de la villa de Granollers, por 6 libras y 17 sueldos (AHCB, 01/1G.034, f. 81r-v), citado en Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., p. 168. Los albaceas pagaron a varios trajineros el transporte de ropas y otros objetos del rey, que se habían quedado en Hostalric, Vic y Granollers, a la ciudad de Barcelona (AHCB, 01/1G.086, ff. 86v-87r y 98r).

conservación²⁹, labor realizada por Fernando de Yerba, Pere Artigó, Gaspar de Jorba, maestro en artes y medicina, y Joan Ribes, cirujano y ciudadano de Barcelona³⁰. Y esa misma noche, en hora oscura, los consejeros de Barcelona junto a otros nobles y servidores, sin ninguna ceremonia, trasladaron el cuerpo del condestable desde la iglesia de Santa María hasta la iglesia del palacio real, donde permaneció toda la noche con luminaria³¹.

El palacio real es el primer gran escenario de la celebración de los funerales regios. Se trata del espacio físico que representa al rey dentro del escenario urbano, tanto en su presencia como en su ausencia³². Pedro de Portugal se había encargado de realizar una serie de reformas en el palacio real mayor de Barcelona, su capilla, sus jardines, identificando su presencia por medio del lema “Paine pour joie”, del que todavía podemos ver algunos restos³³. Estas intervenciones artísticas y arquitectónicas, por parte del rey, pueden interpretarse como una demostración de su potestad y de la materialización de su presencia en el entorno regio, pero especialmente de su legitimidad, que podía cuestionarse

²⁹ La costumbre de embalsamar los cadáveres reales era habitual en el ámbito aragonés, se embalsamó a Martín I (Patricia Santacruz, “La mort de Martí l’Humà a la llum del llibre de Clavaria de la Ciutat de Barcelona del 1410” in *Ciutat, monarquia i formacions estatals, segles XIII-XVIII. XIV Congrés d’Història de Barcelona*, Barcelona, 2015, p. 202), Alfonso el Magnánimo (Sabaté, *Lo senyor rei és mort...*, cit., p. 174), el príncipe de Viana (Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 202), Juan II de Aragón (*Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 280). Costumbre habitual también en Francia e Inglaterra, Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres...*, cit., p. 117. En cambio, en Castilla parece que se interrumpió a finales del siglo XIV con los Trastámara, Margarita Cabrera Sánchez, “Técnicas de conservación *post mortem* aplicadas a los miembros de la realeza hispánica medieval”, *Edad Media, Revista Historia*, 16 (2015), p. 175-198, y no se generalizó hasta finales del siglo XVII, Varela, *La muerte del rey...*, cit. p. 79-80.

³⁰ “Pro laboribus nostris quam etiam pro aromatibus et balçamo et aliis necessariis et que necessaria fuere in preparacione seu embalçamaciones corporis dicti domini regis” (AHCB, 01/1G.034, f. 97v) por lo que recibieron 80 florines corrientes. Si seguimos a Gabriel Turell, los barberos vaciaban el cuerpo del rey de excrementos, “buyden lo cos de las fesas e mêtan las coses per conservesió d’èl” y le introducían productos para su conservación, Turell, *Arbre d’honor...*, cit., p. 153.

³¹ Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., p. 168. Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 58.

³² Tanto en los funerales del príncipe de Viana como en el de Juan II de Aragón se instaló la capilla ardiente en el palacio real mayor; mientras que la capilla ardiente de la reina Violante de Bar, viuda de Juan I de Aragón, se instaló en el palacio real menor de Barcelona, habiendo sido allí trasladada tras morir en la torre de Bellesguard, *Llibre de Solemnitats* (AHCB, CCAM 086/01/1G, ff. 54v-55v). Era habitual que se diera limosna durante todos los días que el rey estuviera en el palacio a los pobres que se acercaban allí, Bofarull, *Funerals...*, cit., p. 17.

³³ Ramon J. Pujades i Bataller, *Pedra i poder. El Palau major de Barcelona*, Barcelona, Museu d’Història de Barcelona, 2023, p. 329.

dada la singularidad de su elección. Esta razón, la legitimidad, vuelve a tener importancia en la capilla ardiente de Pedro de Portugal, instalada en el palacio real mayor de Barcelona, una forma de entender la continuidad del poder real por medio del espacio representativo.

En la sala principal del palacio, sala de *parament* o Tinell, se presentaba el rey, por última vez, ante sus súbditos. Por esta razón, su imagen regia debía cuidarse con esmero, se le rasuraba la barba y se le vestía con ropa de estado³⁴. Se le vistió con una camisa, un jubón carmesí, una cota de terciopelo negra, larga hasta los talones, forrada de marta gibelina, unas calzas negras, unos zapatos con punta y en la cabeza un gorro redondo grande, un bonete o una carmeñola. Así vestido, su cuerpo se dispuso encima del catafalco construido para la ocasión, sobre un lecho cubierto de varios colchones con un cobertor de raso o satén³⁵. La cabeza se situaba en dirección a la catedral, reposando sobre varios cojines; los pies, en dirección a la puerta de la sala³⁶. Y encima del lecho había un bello pabellón³⁷. El rey se presentaba con los símbolos reales: la corona, el cetro y el pomo³⁸.

La sala mayor del palacio se transformaba en escenario luctuoso, en donde la luz de las velas y los elementos religiosos definían ese espacio. La estancia se iluminaba con cirios, velas y blandones que ardían de día y de noche, en cada esquina del catafalco se colocaron cuatro antorchas y dos banderas con las armas reales, una de Aragón y otra de Sicilia³⁹. Las paredes se ornamentaban

³⁴ En la ceremonia de los funerales del rey en Poblet, si era rey llevaba las espuelas calzadas y la espada ceñida, y encima de la caja se le ponía el estoque real encima de una tela de oro, Bofarull, *Funerals...*, cit., p. 20.

³⁵ El carpintero de Barcelona, Baltasar Mallol, se encargó de empalilar la sala y de la construcción de dicha estructura, recibiendo por sus jornales y compra de material, como cuerdas de cáñamo, 65 libras, 11 sueldos y 2 dineros barceloneses (AHCB, 01/1G.034, f. 90v). En la documentación consta que se compraron telas para poner sobre el lecho, “posite fuerunt in lecto ubi corpus dicti domini regis”, en concreto, una cana y seis palmos de tela, llamada alemana, y 17 canas y cuatro palmos de tela de Constanza blanca y tela de Holanda con las que se cubrió el monumento del rey (AHCB, 01/1G.034, f. 93r).

³⁶ La descripción del lecho del catafalco procede de los funerales del príncipe de Viana y de Juan II de Aragón. Pujades i Bataller, *Pedra i poder...*, cit., p. 340.

³⁷ “E sobre lo dit llit fou posat un bell pavalló fet a manera (de) trevacha retent toguri”, Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 59.

³⁸ Normalmente, cuando el rey se presentaba a cara descubierta, llevaba los atributos regios: la corona en la cabeza, el cetro en la mano. A pesar de que las fuentes no se detienen en este aspecto de Pedro de Portugal, damos por supuesto que se presentó su cadáver acompañado de dichos símbolos.

³⁹ Las armas de Aragón se representaban de azul con la cruz blanca de san Antonio. Sobre la luminaria: “Posat lo cos en lo cadafal com dit es encenan en la sala bona luminaria de brandons

con bellos y ricos tapices que solían ser propiedad del difunto y, si era necesario, se pintaban y decoraban las paredes y la escalera principal⁴⁰.

La parte espiritual y religiosa formaba parte de la escena, acompañada de plegarias y misas para el eterno reposo del alma del difunto. Alrededor del catafalco, y por la sala, se instalaron siete altares, dos a cada lado, otros dos en el extremo inferior de la sala, donde se celebraban misas diarias, y otro altar en el tribunal, es decir, en el lugar donde se colocaba el sitial⁴¹. En este último se celebraba misa alta, mientras que en los otros se celebraban misas bajas o silenciosas. Cada día acudían los frailes y monjas de las parroquias y conventos de Barcelona, en procesión, con la cruz alzada, cantaban un responso y hacían absolución alta⁴². El cuerpo de Pedro de Portugal era velado de día y de noche, tanto por los frailes y monjas, que permanentemente estaban al lado del cadáver, como por los servidores y oficiales del rey. Y, mientras permanecía a cara descubierta, debió de ser abanicado por alguno de sus servidores⁴³, aunque solamente estuvo un solo día, quizá por estar en periodo estival⁴⁴. Al día

et ardan allí de nit et de día et sian encessas quatre antorgas a quatre cantons del cadafal las quals de continuo creemen. E si syra rey posen a quatre cantons del cadafal a cascu una bandera ab les armes reals de Aragó y Sicilia etc. ab altres tans escuts o mes ab les dites armes et tingue lo tallamar a la part del cap”, Bofarull, *Funerals...*, cit., p. 15.

⁴⁰ Así se había hecho en la capilla ardiente del príncipe de Viana, se colocaron tapices de raso nuevo y las escaleras fueron pintadas por Jaume Vergós y Gabriel Alemany, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 204; y en la de Juan II se colocaron tapices del rey, algunos habían sido comprados en Flandes o en la feria de Medina del Campo, Miguel Ángel Zalama y Jesús F. Pascual Molina, *Testamentos...*, cit., p. 50. Pujades i Bataller, *Pedra i poder...*, cit., p. 340.

⁴¹ En la capilla ardiente del príncipe de Viana, en el mismo escenario, se construyeron once altares, tres a cada lado, dos a los pies, tres en la cabeza, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 204. Y en la capilla ardiente de Juan II de Aragón se instalaron nueve altares, Pujades i Bataller, *Pedra i poder...*, cit., p. 340. Esto indica que no había un número determinado de altares.

⁴² El encargado de las misas y de otras causas pías de la sepultura del condestable fue Bernat Perelló, presbítero beneficiado en la catedral de Barcelona, recibiendo 156 libras y 16 sueldos por el encargo de 25 misas (AHCB, 01/1G.034, f. 83r, 85r y 97v). Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 59.

⁴³ Solía ser habitual que abanicaran al difunto mientras se encontraba a cara descubierta, así consta que abanicaron a la reina María de Castilla, viuda de Alfonso el Magnánimo, en su capilla ardiente instalada en el palacio real de Valencia, “ab hun ventall que la ventaven” (Toldrà Parés, *La reina Maria...*, cit., p. 856) y al príncipe de Viana, abanicado con abanicos de pluma por dos ujieres, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 205, entendemos que por cuestiones orgánicas.

⁴⁴ El príncipe de Viana permaneció cuatro días a cara descubierta, mientras que Juan II de Aragón, ocho días, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 205; por su parte, la reina María de Castilla, esposa de Alfonso V, permaneció solamente un día a cara descubierta, Toldrà Parés, *La reina Maria...*, cit., p. 857.

siguiente, el miércoles, su cuerpo fue introducido dentro de dos ataúdes. Antes de cerrarlos, se hacía un reconocimiento público del cadáver, preguntando a los presentes, una multitud copiosa, como afirman las fuentes, si sabían de quién era el cadáver, a lo que respondían que sí lo sabían y que era del rey Pedro⁴⁵.

El ataúd, en ese momento, se convertía en la representación de la imagen del rey y en el protagonista del espacio, por tanto, debía ser vestido con la solemnidad correspondiente. Se cubrió con una tela fina carmesí, y encima se colocó otra tela de oro, una pieza que había sido utilizada por Pedro de Portugal como dosel⁴⁶. Sobre ellas, la dalmática que iba a sostener los símbolos reales: el cetro, el pomo de oro y, en la parte de la cabeza, una corona con un gorro de grana. Esta corona, ¿podría ser la misma que aparece en la cabeza de Pedro de Portugal en el retablo encargado por él a Jaume Huguet para la capilla del palacio real de Barcelona? La capilla ardiente de Pedro de Portugal permaneció una semana en el palacio real antes de que su cuerpo fuera trasladado a la iglesia de Santa María del Mar para su sepelio. En el escenario palacial los símbolos se acomodaban en el espacio y articulaban ese discurso de poder asociado a la imagen del rey.

3. Escenografía del dolor

En toda ceremonia regia el espectáculo formaba parte del código ceremonial como mecanismo de representación y demostración de poder y orden social⁴⁷. En los funerales del rey había espacios en donde se teatralizaba el dolor por su muerte a través de espectáculos visuales y sonoros que envolvían a los presentes para manifestar públicamente el duelo y, al mismo tiempo, eran una manera de materializar el fin de un reinado. Se trataba de la ceremonia de “córrer las armas” en el ámbito aragonés o “quebrantamiento de escudos” y “arrastre de banderas” en Castilla, compuesta por un espectáculo sonoro y visual que

⁴⁵ En esta ocasión Joan Çapila, presbítero, en nombre de los albaceas y otros testigos de la escribanía del rey, interrogó a los presentes: “interrogavit universos qui aderant “nossent ne illud cadaver cuius esset”, qui responderunt “se illud nosse et esse dicti serenissimi domini regis Petri memorie immortalis” (ACA, Cartas reales, Juan II, Pedro de Portugal, Varia 8, f. 1r-v).

⁴⁶ “Por 10 canas y un palmo de paño rubei vintidose que servia para la cobertura de la tomba”, encargado a Joan dez Cortal, pelaire de paños de lana, ciudadano de Barcelona, quien recibió 12 libras y 3 sueldos, y se compraron otras siete canas de tela de Génova (AHCB, 01/1G.034, f. 92r-v).

⁴⁷ Francesc Massip Bonet, *La monarquía en escena. Teatro, fiesta y espectáculo en los reinos ibéricos: de Jaume El Conquistador al Príncipe Carlos*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2003, p. 15.

formaba parte de la escenografía del dolor en los funerales de caballeros y estaba también presente en los funerales del rey. Se trataba de una coreografía ecuestre, en la que los jinetes arrastraban los escudos y las banderas del rey, los quebraban y manifestaban su dolor a través de gritos y aullidos. Se realizaba en espacios cerrados como podía ser la sala del palacio real o las plazas de la ciudad, y repetida, posteriormente, en la iglesia donde se enterraba al difunto⁴⁸.

En los funerales de Pedro de Portugal, la tarde antes del entierro, es decir, el lunes 7 de julio, hacia las 4 horas pasado mediodía, se procedió a la celebración de esta ceremonia caballeresca. Los protagonistas fueron cuatro caballeros ilustres, vestidos con gramallas y capirotos de luto, que entraron en la sala mayor del palacio montados a caballo y llegaron hasta el ataúd del rey, preguntando con grandes gritos: “¿Es veritat que lo Senyor Rey senyor nostro sia mort?”, a lo que respondieron llorando aquellos servidores que se encontraban en la sala “hoc mort és”⁴⁹. Acto seguido, cada uno cogió uno de los escudos, que estaban colocados alrededor del ataúd, y se los pusieron, al revés, en el brazo: Francesc Bertran, doncel y señor de Gelida, caballero, y Pedro des Soler, caballero y armero de Barcelona, llevaban los escudos reales con las barras amarillas y rojas; los otros dos portugueses, mosén Pere Brandon, caballero y armero, llevaba las armas de Sicilia y mosén Sebastian Rodrigues, caballero y repostero, las de Aragón⁵⁰. Salieron de la sala y bajaron a la plaza de palacio⁵¹, con Francesc Bertran a la cabeza y seguido por el resto de jinetes, oficiales, curiales, domésticos y demás servidores del rey, unas 50 o 60 parejas de hombres a pie, vestidos también con gramallas y capirotos de “saques barrades”.

En la plaza comenzaron a dar vueltas uno tras otro, y cuando se encontraron en medio, cada uno lanzó el escudo a tierra. Descabalgaron y se lanzaron contra dichos escudos gritando y llorando. Cada vez que se tiraba uno al suelo, el resto aullaba. Repitieron esta escena unas tres o cuatro veces por toda la plaza. El

⁴⁸ Esta ceremonia está perfectamente estudiada en Francesca Español, “El “córrer les armes”. Un aparte caballeresco en las exequias medievales hispanas”, *Anuario de Estudios Medievales*, 37 (2007), p. 867-905, quien explica que procede de la herencia romana, cuando en los funerales se ejecutaba cierta coreografía ecuestre por parte de los jinetes que acompañaban al difunto, una ceremonia que, aunque se documenta también en Francia, el sonido y el bullicio que producían era propio del territorio hispano, como se describe en el funeral de Juan II de Aragón, que parecía que la plaza se pudiera venir abajo por el impresionante llanto y clamor de los presentes, unido a las jaurías de los moneros reales, Martínez Ferrando, “Exequias y enterramientos...”, cit., p. 59. Turell, *Arbre d'honor...*, cit., p. 154.

⁴⁹ Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 62.

⁵⁰ La descripción de esta ceremonia se encuentra en Safont, *Dietari*, f. 108v.

⁵¹ La plaza del Palacio se había ampliado por insistencia de Martín I para que en ella se pudieran celebrar justas y espectáculos ecuestres, Pujades Bataller, *Pedra i poder...*, cit., p. 49-54.

espectáculo sonoro invadía todo el espacio con llantos, chillidos y gemidos. Al terminar, montaron los cuatro en sus caballos y recorrieron las calles y plazas de Barcelona, repitiendo esta escenografía en cada una de ellas. El recorrido, tras la plaza del palacio, fue la plaza del Borne, pasando después delante de la Lonja, siguiendo por la calle Ancha para llegar a la plaza de Santa Ana y terminando en el patio de la Diputación.

4. El escenario urbano: la procesión fúnebre.

El escenario fúnebre, tras la capilla ardiente, se situaba en las calles de la ciudad que acogían la solemne procesión de traslado del cuerpo del difunto rey desde el palacio real hasta la iglesia del sepelio. El cortejo fúnebre protagonizaba la escena, compuesto por representantes de la ciudad y de los diversos estamentos sociales, ofreciendo a la ceremonia una dimensión pública y social. La ciudad y sus ciudadanos se convertían en testigos de la solemnidad, pudiendo honrar al rey por última vez.

Pedro de Portugal había elegido la iglesia de Santa María del Mar de Barcelona para ser enterrado, como así lo había determinado en su testamento, influido, sin duda, por el contexto político del momento. Una elección determinada por la situación política de la propia ciudad de Barcelona y la postura de la catedral y del cabildo catedralicio que, a partir de 1465, tomó partido por la causa realista de Juan II de Aragón en una ciudad contraria al rey⁵². El martes 8 de julio fue el día señalado para el entierro y funeral. Ese día la vida cotidiana se paralizaba⁵³. Unos días antes de esta ceremonia, como era costumbre, los consejeros de la ciudad elegían a doce personas, seis caballeros y seis ciudadanos, quienes, yendo a caballo por las calles, se encargaban de invitar al funeral del rey a nobles, prelados, condes, caballeros, honorables ciudadanos y mercaderes⁵⁴.

⁵² M. Jesús Torres Ferrer, “La catedral de Barcelona y la guerra civil catalana (1462-1472)”, *Medievalismo*, 7 (1997), p. 99-138, en concreto p. 121-122. Jaume Safont, *Dietari*, ff. 109r-110r.

⁵³ “Preguem, per ço, los dits consellers a tothom generalment que lo dit die de demà vulleu anar acompanyar lo dit cors a la dita sepultura e durant aquella quescú se abstengua de fer feyna e no obrir lurs case obredors” (AHCB, 1B.IV-9, Registre Ordinacions, f. 75r).

⁵⁴ En las fuentes no aparece referencia a la invitación realizada para el funeral de Pedro de Portugal, pero se debieron seguir las costumbres de Barcelona, como ya se había hecho en el funeral de Violante de Bar, en 1431, *Llibre de Solemnitats de Barcelona* (AHCB, CCAM 086/01/1G, f. 57r-v); en el del príncipe de Viana, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 211; y en el de Juan II, Safont, *Dietari*, p. 271.

La solemne procesión comenzó en el palacio real, en la sala mayor, donde permanecía instalada la capilla ardiente del rey, y recorrió las principales calles de Barcelona hasta Santa María del Mar, siendo lo habitual que terminara en la catedral. El día señalado se acercaron hasta allí monjas, frailes y capellanes, acompañados de blandoneros con cirios y velas, para realizar un último y solemne oficio en el palacio. Una vez terminado, se procedió a otra ceremonia simbólica, la rotura de los sellos que eran la representación del rey y de su autoridad real, marcando el fin del reinado⁵⁵. La ceremonia corría a cargo del protonotario, cuya misión era su custodia, que rompía lanzándolos al suelo para golpearlos, luego, con un martillo, acompañado de llantos y chillidos, mientras decía: “veus ací los segelles ab los quals se segellaven les gràcies e los privilegis que lo senyor rey dave a sos vassalls, ara decí avant no dirà pus”⁵⁶. Asimismo, los oficiales que, por su cargo, llevaban bastones o vergas, como el mayordomo, los ujieres, los *verguers* o maceros, los rompían; igual que los demás oficiales rompían objetos identificativos de su oficio: el copero lanzaba una copa al suelo; el botellero, los barriles; y así uno tras otro⁵⁷.

Al terminar estas ceremonias, podía dar comienzo a la procesión ritual, cuyo orden estaba perfectamente establecido. Los participantes seguían un recorrido, lentamente, vestidos de negro, símbolo de aflicción⁵⁸. En primer lugar, la luz y las cruces abrían el cortejo. Los blandoneros portaban blandones negros con las armas pintadas de aquellos que los habían pagado, la ciudad, las autoridades y los nobles. Tras ellos, la representación eclesiástica de la ciudad, primero las cruces de las parroquias de Barcelona, que eran catorce en total, aunque esta vez pasó primero la de San Jaime porque era la parroquia a la que pertenecía el palacio y se ausentó la de la catedral por no haber sido elegido lugar de sepultura⁵⁹. A continuación, las

⁵⁵ Alfons Puigarnau, “Muerte e iconoclastia en la Cataluña medieval” in Jaume Aurell y Julia Pavón (ed.), *Ante la muerte, Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2002, p. 197-214.

⁵⁶ Safont, *Dietari*, f. 109r. La ceremonia de la rotura de sello de los funerales de la reina Violante de Bar, en 1431, se encuentra descrita en el *Llibre de Solemnitats de Barcelona*, (AHCB, CCAM 086/01/1G, f. 62v), y la de Juan II de Aragón en Miguel Ángel Zalama y Jesús F. Pascual Molina, *Testamentos...*, cit., p. 55-56.

⁵⁷ Turell, *Arbre d'honor...*, cit., p. 156.

⁵⁸ David Nogales Rincón, “El color negro: luto y magnificencia en la Corona de Castilla (siglos XIII-XV)”, *Medievalismo*, 26 (2016), p. 221-245. José Damián González Arce, “El color como atributo simbólico del poder”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, 11 (1993), p. 103-108.

⁵⁹ El orden habitual de las catorce cruces era la cruz de la catedral, la de la iglesia de Santa María del Mar, la de San Justo, la de San Pedro, la de San Miguel, la de San Jaime, la de San

cruces de las órdenes de frailes, aunque no estaban invitadas las cruces de los monasterios femeninos⁶⁰.

Posteriormente, otro espectáculo visual y sonoro recorría de nuevo las calles en el que el simbolismo heráldico volvía a ofrecer un discurso propio. Siguieron ocho caballeros, vestidos con gramallas de sacos y capirotos, con las armas en el escudo y en la cota. Cuatro de ellos habían protagonizado la ceremonia de “córrer las armas”; los otros cuatro eran dos catalanes, mosén Miquel Xetantí y Guillem Ramon Desvall, y otros dos portugueses, mosén Ferrando de Ciguera, caballero, y Luis Pera, trinchante del rey⁶¹. Todos ellos llevaban los escudos boca abajo, cuatro con las señales reales, dos con las de Sicilia y los dos restantes, con las de Aragón. Y también portaban una bandera en la mano que arrastraban por tierra. Los acompañaban otros dos hombres con el escudo de las armas reales sobre su cabeza, que lanzaban a tierra, chillando y llorando, lanzándose, después, sobre ellos. La dramatización del dolor suponía una forma de demostración pública del duelo y una manera de hacer partícipes a los presentes. Por último, pasaba la representación eclesiástica, los capellanes y los frailes de las órdenes religiosas, al final, el obispo de Vic con su gremial y, por último, los porteros con las mazas al revés, cubiertas con sacos y los *verguers* con las vergas altas y derechas, no hacia abajo y descubiertas⁶².

Tras ellos el ataúd del rey, cubierto con un rico *drap d'or* y encima la dalmática con los símbolos reales: la corona con el pomo de oro, en la parte izquierda, y el cetro, en la derecha⁶³. El ataúd era llevado por ciudadanos

Cugat, la de Santa Ana, la de la iglesia de la Merced, las cruces del Carmen, de los Agustinos, de los Predicadores y de los frailes menores.

⁶⁰ En los funerales reales no estaban invitadas ni la abadesa de Valldonzella ni la priora del monasterio de Junqueras porque en el funeral de Sibila de Fortià, mujer de Pedro el Ceremonioso, en 1406, hubo una gran discordia entre ambas por ocupar el primer puesto en la procesión. Por esta causa, se decidió, en el funeral de Violante de Aragón, en 1431, que las prioras de los monasterios de Valldonzella, Junqueras y Montealegre no fueran invitadas a la procesión de los funerales reales en Barcelona (*Llibre de Solemnitats de Barcelona*, AHCB, CCAM 086/01/1G, f. 25r-v).

⁶¹ Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 63.

⁶² Resulta interesante observar cómo en el cortejo fúnebre no están presentes dignidades eclesiásticas del Principado, puesto que Pedro de Portugal no contó con el apoyo de los prelados de Cataluña, a excepción del obispo de Vic, Martínez Ferrando, *Tragedia del insigne...*, cit., p. 114-120.

⁶³ El paño mortuario o *drap d'or imperial* era un símbolo de lujo y de representación, de seda de color (roja, verde, azul) con las señales del difunto y de la ciudad, pintadas dentro de unas orlas de tercianela negra o azul oscuro, con algunos elementos decorativos. Desde hacía tiempo en Barcelona no se encontraban telas de buena calidad para su confección, de manera que el paño mortuario se pedía a la sacristía de la catedral de Barcelona, como en el funeral del príncipe de Viana, Miranda Menacho, “Una imagen de luto...”, cit., p. 209-210. En el caso de Pedro de

honrados y nobles, consejeros de la ciudad y otros cercanos al rey⁶⁴. Seguían los oficiales de la casa del rey, vestidos con gramallas de saco y capirotos; detrás el veguer y los diputados y portavoces que llevaban al hijo del príncipe de Viana, Felipe de Aragón, de ocho años; después el resto de servidores y, al final, las mujeres con el velo en la cara. Y en este orden fueron todos desde el palacio hasta la plaza del Blat, pasando por la calle de la Boria hasta la capilla *de'n Marcús*, bajando por la calle Montcada hasta el Borne, llegando al fosar mayor de Santa María del Mar hasta la puerta de la iglesia. Cabe destacar la ausencia de nombres notables en el cortejo fúnebre, a excepción de Felipe de Aragón, consecuencia, evidentemente, de la situación política y de la lealtad mantenida al legítimo rey, Juan II de Aragón.

La procesión cumplía con los requisitos del rito, el itinerario, el orden ceremonial, pero especialmente el código visual representado por la vestimenta del cortejo fúnebre que marcaba ese luto en la escena por medio de las gramallas oscuras y los capirotos, otorgando cierta oscuridad a la escenografía que se compensaba con la luz de las velas y el colorido de los elementos heráldicos⁶⁵. Por tanto, el código de la vestimenta había obligado a confeccionar, en un corto periodo de tiempo, gran cantidad de gramallas, y a la compra, asimismo, de grandes cantidades de tela de terliz, de bruneta o de cañamazo, telas que se cortaban en el huerto de la Casa de la Ciudad⁶⁶. Se confeccionaron más de

Portugal, y debido a la situación política, no sabemos si realmente era un paño mortuorio con las señales de la ciudad o sencillamente se trataba de una tela dorada de buena calidad del rey. Utilizado en Francia también, Gaudé-Ferragu, *D'or et de cendres...*, cit., p. 173-175.

⁶⁴ Siguiendo los funerales reales en Poblet, “E prenguen lo cos al coll los mes honrats barons e ciutadans que alli se trobaran e aportenlo a la sglesia principal de la ciutat o vila hon seran alla on li faran lo capell ardent”, llevado entre 24 personas, Bofarull, *Funerals...*, cit., p. 19 y 21. Por el lado izquierdo lo llevaba el *conseller en cap*, Antoni Pinada, y Dionís de Portugal, pariente del rey, además de Jaume Ros, ciudadano de Barcelona, el caballero Arnau de Vilademany, el ciudadano Guillem Colom, el caballero mosén Pere de Malla, Miquel Cardona, el caballero mosén Francí Çasala, el ciudadano Miquel des Pla, el noble Blasco de Castellet, el maestre racional, mosén Francí Desvall, y el consejero tercero, Francesc Junyent. Por la parte derecha, encabezaba Bernat Sapial, conseller segundo, seguido de otro pariente del rey, Pedro de Portugal, el ciudadano Bertran Desvall, el caballero Arnau Fonolleda, el ciudadano Felip de Ferrera, el caballero Joan Colom, el ciudadano Ramon Ros, el caballero mosén Antich Ferrer, el doncel Francí de Sentmenat, el ciudadano Francesc Lobet, el noble portugués, Joan de Branxa, y el notario y consejero cuarto, Antoni Vinyes.

⁶⁵ Las gramallas eran las vestimentas de luto generalizadas, también utilizadas en el reino de Navarra, Merche Osés Urricelqui, “Poder, simbología y representación en la Baja Edad Media. El ajuar en la corte de Carlos III de Navarra (1387-1425)”, tesis doctoral, Universidad Pública de Navarra, 2015, p. 271. <https://hdl.handle.net/2454/20103>.

⁶⁶ Tanto en el funeral de la reina Violante de Bar, en 1431, como en el del príncipe de Viana, los *consellers* habían decidido que no se dieran las seis canas de tela que parecía que era habitual

doscientas gramallas para los asistentes, eclesiásticos, consejeros, servidores y familiares del rey⁶⁷.

5. Santa María del Mar: la sepultura al cors del molt alt e molt excel·lent lo senyor rey

El último gran escenario en los funerales del rey era la iglesia en donde se celebraba la solemne liturgia de difuntos y la sepultura. El interior de la iglesia de Santa María del Mar se convirtió en el espacio de representación del rey de Aragón, en donde los códigos simbólicos lograban, de nuevo, un gran protagonismo, principalmente la luz de la capilla ardiente y el color procedente de los elementos heráldicos en las banderas y los escudos. En este último escenario se cerraba ese tiempo ritual y litúrgico de ceremonial fúnebre en Barcelona.

La procesión llegó hasta la iglesia, tras pasar por el fosar, entrando por la puerta principal, “on es la gran O de vidre” o como se llamaba vulgarmente, *portal dels bestays*⁶⁸. Al entrar el cortejo fúnebre, se repitió dentro de la iglesia la ceremonia de “córrer las armas”, en la que los jinetes dieron vueltas, unas 4 o 5 veces, arrastrando las banderas y lanzando varias veces los escudos al suelo con gran estruendo, chillando, aullando y llorando.

dar, sino que se cortarían las cantidades necesarias en el huerto de la casa de la ciudad, lo que suponía una medida de ahorro. *Llibre de Solemnitats de Barcelona* (AHCB, CCAM 086/01/1G, f. 55 v). Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 59-60.

⁶⁷ Se compraron unas 750 canas de tela de diversos tipos por un precio de unas cinco mil libras barcelonesas, para la confección de las gramallas por parte de los sastres, Nicolau Gallart, Pere Castelló y Nicolau Soler, según los datos que se pueden extraer de los recibos encontrados en la testamentaria de Pedro de Portugal por lo que solamente podemos establecer unas cifras aproximadas que nos indican la extensión del cortejo fúnebre. Asimismo, se compraron gramallas ya confeccionadas al mercader de Barcelona, Guillem Ramon de Santa María, otras telas al tejedor de paños de lana de Barcelona, Bartomeu Gual, al pelaire de Barcelona, Joan des Cortal, a Pere Joan de la orden de los *botiguers* de Barcelona, y al mercader, Francesc Junyent. Asimismo, al sastre Pere Castelló se le encargaron 195 gramallas de terliz y cañamazo para los servidores del rey, otras ocho de tela de bruneta para los hombres que llevaron el ataúd desde el palacio hasta la iglesia, otras gramallas de paño negro de la ciudad de Vic para el limosnero, fray Tomás Solà, para fray Lluís Puig, capellán mayor del rey, para el presbítero, Bernat Perelló, y para los pobres que habían llevado el cuerpo del rey, pues era habitual que tras los eclesiásticos fueran pobres (Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres...*, cit., p. 144-146). Estos datos se encuentran en AHCB, 01/1G.034, ff. 84v-94r.

⁶⁸ Jaume Safont, *Dietari*, f. 113. Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 61.

Posteriormente, se cantó la liturgia de difuntos, celebrada por el obispo de Vic, canciller del rey, y predicó fray Joan de Gualbes, conventual del monasterio de los predicadores de Barcelona, quien dijo muchas falacias en favor del rey, “dix moltes falcies en favor del dit senyor”, como apunta Jaume Safont⁶⁹. En el centro, entre el altar mayor y el coro, estaba la capilla ardiente con el ataúd del rey, iluminada con unos 250 cirios a cada lado que se quemaron en el tiempo en el que se cantó el oficio⁷⁰. El catafalco con un sobrecielo y otras piezas de tela con las señales de la ciudad en un tugarío ennegrecido y en las cuatro esquinas las banderas con las armas reales⁷¹.

El interior de la iglesia se había convertido en ese escenario luctuoso en donde se presentaba por última vez el rey. Por esta razón, el simbolismo adquiría especial protagonismo, como ya lo había hecho en los escenarios anteriores⁷². Las luminarias, con velas, cirios, brandones, iluminaban el espacio. El color de los elementos heráldicos, los escudos y las banderas, identificaban al difunto. Frente al altar mayor, donde estaba la capilla ardiente, se colgó de la vuelta del arco una entena en donde colgaría una gran bandera real, *vexillum magnum*⁷³, de unos nueve metros de longitud por cinco de ancho, confeccionada con unos cinco mil paños de oro y tela granate, con flecos y cordones de varios colores⁷⁴.

⁶⁹ Jaume Safont, *Dietari*, ff. 108r-110r.

⁷⁰ En las cuentas de la testamentaria se registra que se compraron unos 300 brandones para la iluminación de la iglesia por un precio de dos mil libras (AHCB, 01/1G.034, f. 87v, 88r, 92r). En los cirios se pintaban las armas reales y las señales de la ciudad, Bofarull, *Funerals...*, cit., p. 32. Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 61.

⁷¹ Los pintores Gabriel Alamany y Jaume Vergós pintaron unos 3.528 paños de oro “partit”, otros cien paños de oro fino y otros doscientos de plata, recibiendo por el trabajo 79 libras, 19 sueldos y 10 dineros: “por coloribus et picturis et pro minibus et laboribus: pro pingendo, talando e suendo lo sobracel del capell ardent, los tovallons, banderías, sobravestres et pavesos e fer lo ceptre e ennegris lo tugarí” (AHCB, 01/1G.034, f. 85v). Al mismo tiempo se encargaron otros paños a la viuda del batihoja, Enric, ciudadano de Barcelona, en concreto 1.250 paños de oro y 600 de plata blanca para “banderarum, pavesorum et aliarum operarum sepulture corporis regis” por precio de 7 libras, 15 sueldos y 6 dinero (AHCB, 01/1G.034, f. 84r).

⁷² Javier Arias Nevado, “El papel de los emblemas heráldicos en las ceremonias funerarias de la Edad Media (siglos XIII-XVI)”, *En la España medieval*, 2006, p. 49-80.

⁷³ En la colocación de la entena, que había sido encargada al carpintero Genís Caro, parece que la vuelta del arco se rajó porque se tuvo que comprar cal y baldosas: “Per dues somades de calç; per dues somades de rajolas, per lo cost de tres scarpes larchs, los quals son trenchats e romputs en foradar la volta de la dita església” (AHCB, 01/1G.034, f. 103 v).

⁷⁴ La gran bandera se confeccionó con paños de oro que se compraron al batihoja de Barcelona, Pau Alast. En concreto unos 3.000 paños de oro, por precio de 33 libras barcelonesas (AHCB, 01/1G.034, f. 93 v) y luego otros 1.900 paños a razón de 22 sueldos por paño, asimismo para la flecadura se compraron diez onzas y media de seda de diversos colores y dos cordones rojos y amarillos por 4 sueldos (AHCB, 01/1G.034, f. 100r y ff. 102v-103r).

Asimismo, en un capitel de madera, construido por el mismo carpintero, se colgó un pavés con las armas del rey sujeto con una cadena de hierro, de tamaño de unos dos metros de largo por un metro de ancho, dorado y coloreado, y encima un yelmo con un murciélago y un escudo⁷⁵.

En este escenario efímero, se debía construir la sepultura del rey que, según especificaba en su testamento, quería que se situara en un lateral de la capilla principal. Debía ser una sepultura baja, labrada en piedra, sobre la que se colocaría una imagen de su cuerpo armado⁷⁶. El coro era uno de los lugares más buscados para ser enterrado por la cercanía al altar mayor, lugar donde se realizaba el sacrificio de la misa⁷⁷. La sepultura fue encargada al escultor Joan Claperós, quien ya había realizado otros trabajos para el rey en el palacio real. El 11 de agosto se firmaron los capítulos entre los albaceas del rey y el escultor para la realización de la sepultura, según la muestra que había sido acordada entre las partes. La escultura sería toda de alabastro, la imagen del rey con ángeles, y se colocarían ocho imágenes a los lados: san Cristóbal, san Benito, san Jorge, san Miguel, la Virgen, santa Catalina, san Pedro como papa y san Antonio como eremita; y cuatro señales con las armas de los reyes de Aragón. Las medidas debían ser 13 palmos de Barcelona de largo y 7 palmos y medio de altura. El compromiso del escultor era realizar exclusivamente esta obra y de la manera más rápida posible, no más de nueve meses, desde que tuviera la piedra de alabastro en la ciudad de Barcelona. El problema estaba en que se debía ir a buscar a tierras enemigas, para lo que se necesitaban salvoconductos para el escultor y aquellos que le acompañaran. Esto podía demorar la construcción

⁷⁵ Francesc Torrent, pintor y escultor, realizó la imagen del murciélago de madera, comprada al carpintero de Barcelona, Genís Caro. El escultor empleó 23 días de trabajo por un sueldo de 15 libras, un sueldo y 10 dineros (AHCB, 01/1G.034, f. 95v y 96v). El pintor Gabriel Alamany encoló la imagen, enyesó, doró y la pintó de diversos colores, así como el yelmo, recibiendo por ello 6 libras y 16 sueldos, (AHCB, 01/1G.034, f. 104v) y el dorado fue realizado también por el batihoja, quien también pintó el pavés por 10 libras y 5 sueldos (AHCB, 01/1G.034, f. 100r y ff. 102v-103v). Las referencias a los gastos se detallan también en Balaguer y Merino, *Don Pedro. El Condestable de Portugal...*, cit., p. 63-69.

⁷⁶ Pedro de Portugal, en su testamento, había especificado cómo debía ser su sepultura: “E, si a Deus será plasant appellar-nos al seu regne e de la present vida levar, volem, ordenam e manam que nostre cors sia a sepultura dins la ecclesia de Senta Maria de la Mar de Barchinona, en la capella major e principal, acostada a la una de les parets prop l’altar e allí se faça una sepultura baxa, laborada de ymagens de pedra, e sobre aquella sia posada la forma de nostre cors e persona, lavorat de pedra armat. Per la qual sepultura volem, ordenam e manam se pague de nostra cambra e bens quatre cents cinquanta pacífichs, si mester hi serán” (ACA, Varia 24, ff. 124v-125r).

⁷⁷ Philippe Ariès, *El hombre...*, cit., p. 91-92.

de la sepultura⁷⁸. Al final se simplificó y se realizó una lauda sepulcral con el relieve de Pedro de Portugal, que todavía se conserva en una capilla lateral de la iglesia, aunque borrada por las pisadas del tiempo. Parece que no se cumplieron los capítulos firmados.

El espacio ceremonial y de representación real se delimitaba a través del código simbólico y ritual que se utilizaba como un elemento de comunicación política. En este sentido y pese a que no es nuestra intención perfilar una comparación entre los distintos rituales funerarios, debemos preguntarnos en qué modo las ceremonias llevadas a cabo en Barcelona durante la muerte de don Pedro de Portugal pueden compararse con los que se realizaron en Portugal en la misma época. La rica historiografía lusitana ha puesto su ojo en la valoración de los escenarios, los protagonistas y los lenguajes políticos envueltos en las ceremonias⁷⁹. No debemos olvidar que, en este caso, se trataba de acontecimientos que ocurrían en las ciudades del mismo reino y por los miembros de la dinastía regnícola, por lo que podemos pensar que los discursos legitimadores tenían una dimensión menos evidente que en el caso de los de Pedro en la ciudad de Barcelona, pues este era un soberano “foráneo”. Quizá, por ello, algunas ceremonias como la ruptura de los blasones y otras acciones que comenzaron en Portugal con João I no tuvieron el mismo eco en los acontecimientos que hemos comentado y que se desarrollaron en la ciudad condal. Se trata de un rito eminentemente político y que, fuera de contextos de guerra y conflicto, carece de vindicación política para quedar dentro del imaginario de la transmisión de armerías. Otro aspecto que nos gustaría destacar y que, en este caso, iguala los rituales, es la dimensión teológica de los mismos. Resulta indudable que, durante el siglo XV, elementos como la salvación del alma y la idea de la buena muerte, estaban muy presentes en las exequias regias. No solamente por el mito de los dos cuerpos del soberano, sino como elemento necesario para la construcción del discurso sobre ideal funerario asumido por la corona aragonesa. En ambos casos y, pese a la especificidad del reinado de Pedro de Portugal, los rituales comentados que tuvieron lugar en la ciudad de Barcelona nos sitúan en un entorno cultural semejante al que podemos encontrar en otras cortes peninsulares y europeas. Espacios de reposo del féretro, trayectos y recorridos urbanos del cortejo funerario, autoridades participantes, ubicación

⁷⁸ Martínez Ferrando, *Pere de Portugal, rei dels catalans...*, cit., p. 195, doc. 18. Joan Claperós debía recibir por esta obra 500 florines, es decir, 275 libras barcelonesas, según consta en los capítulos acordados. (ACA, Cartas Reales, Juan II, Pedro de Portugal, Varia 8, f. 15r-16v).

⁷⁹ Véase el artículo de Belchior Lopes, “Os ritos fúnebres dos membros da Casa Real portuguesa (séculos XIV-XVII): mudanças e continuidades”, *História. Revista da FLUP*, Porto, IV, Série, 12, 1 (2022), p. 10-38.

del cuerpo social, presencia de elementos simbólicos a modo de decoración con un marcado carácter performativo. En definitiva, tanto los funerales objeto de este trabajo como todos aquellos que han sido estudiados para el mismo periodo de tiempo, evidencian cómo el poder político encontró en la muerte un espacio de legitimación, una cultura de la muerte centrada no ya en el hecho biológico de la extinción del cuerpo del rey, sino en su poderosa arma de legitimación dinástica que paso a paso, se fue convirtiendo en norma para los siguientes funerales regios en la corona de Aragón y otros reinos europeos.

6. A modo de conclusión

El ceremonial encierra un discurso compuesto por una panoplia compleja de significados que deben ser interpretados dentro de unas dimensiones políticas, sociales, rituales y simbólicas. Los funerales de Pedro de Portugal cumplieron perfectamente con el código ceremonial que acostumbraba a ofrecer la ciudad de Barcelona ante la muerte del rey, dentro de un código ritual funerario bajomedieval. Toda la puesta en escena presentaba un lenguaje político propio de las ceremonias reales, siguiendo unas normas, un discurso perfectamente organizado y establecido y unos espacios determinados. Se trataba de la representación de la última imagen del rey, de su magnificencia y poder, en este caso, del rey de Aragón, que no distaba de otras ceremonias fúnebres ofrecidas por la ciudad.

El código heráldico acompañaba el discurso convirtiéndose en un lenguaje simbólico que debía ser perfectamente descifrado para poder comprender la realidad en su totalidad. Los elementos simbólicos del funeral, los escudos y las banderas de Aragón, del Principado y de Sicilia, advertían de que estábamos efectivamente ante el rey de Aragón, tanto en el palacio, en las calles de Barcelona como en santa María del Mar. Sin embargo, al mismo tiempo, marcaban la ausencia de cualquier elemento que pudiera identificar al personaje con su linaje paterno, aquel que le enlazaba con la casa real lusitana, siendo nieto, sobrino y hermano de reyes de Portugal. Así, Pedro de Portugal, al morir en Barcelona, pierde toda identidad portuguesa, muriendo como rey de Aragón. El discurso político, reafirmado mediante el lenguaje simbólico, había sido articulado por las instituciones del Principado que, no olvidemos, habían iniciado la guerra contra el legítimo rey, Juan II de Aragón, y habían elegido a Pedro de Portugal como representante de una causa política y cabeza del Principado. Esta última imagen como rey de Aragón reforzaba su legitimidad, de manera evidente, pero especialmente venía a reforzar la legitimidad y

la autoridad de las instituciones del Principado, que lo habían alzado como defensor de sus propios intereses, unos intereses políticos que confundían con los de todo el Principado. Una vez más la Diputación del General había utilizado una figura política para legitimar su discurso de propaganda por medio, esta vez, de un ceremonial regio que controlaron desde aquellos últimos días del rey en Granollers. El lenguaje simbólico había resultado esencial como medio de expresar esa miscelánea entre lo ritual, lo político y lo religioso que compone todo funeral regio, conectado indisolublemente con la realidad histórica y cultural capaz de descifrar ese código de poder dentro de su contexto.